

1

¡AY, LIMA LIMA!

Terminando mi primaria nomás me vine a Lima desde mi pueblo de Rayán, allá en la Cordillera Negra. Ilusionado en aprender más de la vida y en ganar algún dinero, fue que me decidí, ahora que las cosas no andaban tan bien por mi tierra, con las sequías que siempre siempre amenazaban y el aumento de la pelianza también entre los terrucos y los cachacos. En Lima, trabajando en una cosa y otra quizá hasta podría estudiar, pensé entusiasmado. Aunque más urgente por el momento era ayudar a mi mamita y a mis hermanitos que, esperanzados en mí, se quedaban en mi pueblo. Yo que soy huérfano y no tengo taita que me ayude me las vería como sea, caray, para ayudar a mi familia.

Mi mamita tenía aquí en Lima un primo hermano de nombre Emiliano Callán, que hacía varios años ya se había venido, cuando yo estaba muy pequeño todavía. De vez en cuando se escribían, y a su casa de él pensé llegar. Pero mala suerte, hom, yo que con harto cuidado había guardado el papelito con su dirección en el bolsillo de mi camisa, sacando platita seguro lo haría caer. El hecho es que cuando llegué a Lima, después de pasar hartas penalidades, me di cuenta de que no había el tal papelito. Para colmo, llegué de noche y el carro me dejó en plena calle. Boquiabierto me quedé mirando entonces las casas, ¡a pucha, tantas!, todas apachurraditas; después esas otras tan altas como los cerros, llenitas de ventanas. Los carros también que pasaban zumbando por esa avenida en que yo estaba parado medio borracho. Y la gente, tanta gente: hombres, mujeres, niños; todos caminando apurados, medio corriendo, como locos, sin saludarse ni nada. Yo un poco que me asusté pensando en que a lo mejor alguna desgracia habría ocurrido... Las mujeres no tenían trenzas, ni poncho los hombres... y los niños, los niños ¡con zapatos! ¡Todos! ¡Todos!... Mucho me llamaron la atención también las luces, ¡cuántas luces! Era un poquito como si fuera el mundo al revés: en la sierra había las luces de las estrellas por arriba y solo el negro de la noche en el pueblo; en Lima, luces en la ciudad y negro arriba, un cielo toditito negro. Y esos letreros iluminados,

¡achallau!, ¡qué bonito que prendían y apagaban cambiando a toda laya de figuras y colores...!

Cuando me cansé de mirar, sintiéndome rendido y con algo de sueño, me asaltó de pronto una preocupación, ¿Y ahora, me dije, qué nomás hago?, ¿adónde voy?... Sin tomar una determinación eché a caminar sin rumbo, esperanzado en que ya algo se me ocurriría. Cuando en eso, llegando que estoy a una plaza rodeada de portales y jardines, en cuyo centro había un monumento donde un militar muy togado montaba un caballazo; de un de repente se asoma un chico, de mi edad nomás será más o menos, quien me dice:

—¡O’e, ¿qué haces por acá, ah? ¿Te has perdido acaso?

Trigueño, de cabellos abundosos y lacios, vistiendo buena camisa, buen pantalón y zapatillas también de esas buenas, me miraba con ojos medio brillosos esperando mi respuesta.

—Sí —le dije—, he perdido la dirección de mi tío y ahora no sé ni cómo llegar; tal vez tú lo conozcas, amigo, por casualidad.

—¿Cómo se llama? —me preguntó todo ansioso.

Emiliano Callán —le respondí.

Pensativo se quedó un ratito. Después dijo medio dudando:

—Creo que sí lo conozco; ¿cómo es?

—La verdad es que ya casi ni me acuerdo —le dije—, yo estaba chico cuando él se vino a Lima.

—¡Ah, ya! —dijo llevándose la mano a la frente como haciéndose que recordaba—, yo conozco a un tío que se llama así. Fijo que es él. Si quieres, te llevo ahora mismo.

—¿De veras?

—Sí, hombre, vamos.

—Gracias, amigo —le dije—, la Providencia te lo ha de pagar.

—Pero antes —me dijo—, ¿no quieres comer algo?

—¿Harto cuesta? Poquita plata nomás tengo. Casi a las justas estoy.

—No te preocupes, yo te voy a invitar.

Así diciendo avanzó, mientras yo lo seguía.

Entramos a un lugar repletito de gente, en donde pidió un cuarto de pollo para cada uno y su gaseosa. Yo lo observaba admirado, pensando que aquí, en esta ciudad, todos tendrían plata

y hasta los chicos se darían el lujo de invitar comidas tan caras. Tendrá plata su papá seguro, pensé, aunque en su modo de ser parecía humilde.

—¿Y tú de dónde eres, niño? —le pregunté mientras comíamos.

—¿Yo?... de acá, de Lima, aunque mis viejos son de Chimbote.

—¿Y tu nombre?

—Cajeta. Así me llaman mis amigos.

—¡Ah! —dije sin atreverme a preguntarle más, viéndole afeitado rompiendo su carne.

Luego que terminamos y pagó, nos dirigimos por una avenida ancha donde, según me dijo, tomaríamos el bus que nos llevaría a la casa de mi tío.

Poco después, pasábamos por un puente sobre un río y yo le pregunté emocionado a mi amigo:

—¿Este es el río Rímac que dicen?

—Sí —respondió—, este es.

Entonces yo puse atención por mirarlo un ratito siquiera desde el carro, pues los Apus, los dioses montaña de mi pueblo, me habían asegurado en mis sueños que el Rímac me protegería en la ciudad, que ellos le harían súplica; pero que no me olvidara, eso sí, de hacerle ofrendas.

Desde el carro solo pude hacerle una reverencia con una inclinación de mi cabeza, y en eso sentí que de sus aguas, que corrían rebrillando con las luces de la ciudad, se elevaba una leve brisa, fresca y al mismo tiempo cálida, que alborotó mis cabellos como acariciándome, y que yo lo tomé como la bienvenida que estuviera dándome el padre Rímac.